**- 9 -**

VIDA Y **ESCRITOS** DE **JOHN BROWN** DE HADDINGTON

La Escocia del siglo dieciocho produjo muchos ministros, eruditos y educadores notables, pero ninguno tan grande ni tan grandemente amado como John Brown de Haddington. Fue un cristiano devoto, un predicador capaz y un escritor teológico prolífico. Fue también un brillante soldado de la cruz, que no vaciló ante la oposición. En el curso de su vida, vio su amada Iglesia desgajada por penosos conflictos, especialmente con la gran escisión que dividió a los secesionistas, pero jamás perdió la fe en que Jesucristo es Rey de su Iglesia. Como mayordomo fiel, Brown sintió que su supremo llamamiento era pastorear la grey de Cristo y defender las verdades de la fe reformada.

La vida y carrera de Brown destacables aún más al considerar que comenzó en oscuridad y pobreza, con ninguna ventaja de riqueza, posición, título o educación. Sin embargo, Dios le favoreció con dones inusuales y una enorme capacidad para el duro trabajo y, providencialmente, abrió camino para que empleara estos dones con efectividad. Lo mejor de todo es que Dios le favoreció con una profunda experiencia de la verdad del evangelio de ser “poder de Dios para salvación”. Esta experiencia dejó su sello indeleble en cada aspecto del multifacético ministerio de John Brown.

**Los Primeros Años de su Vida y Educación**

John Brown, que recibió este nombre por su padre, nació en 1722 en la aldea de Carpow, cerca de Abernethy, en el condado de Perth, Escocia. Su madre era Catherine Millie. Sus padres eran pobres (su padre era tejedor) y no pudieron proporcionar una educación a su hijo, aunque su padre le enseñó a leer. Sus padres también le enseñaron los rudimentos del verdadero cristianismo, y condujeron cultos familiares todas las mañanas y noches.

El año de su nacimiento se recuerda en la historia de la Iglesia escocesa como el año en que la Asamblea General de la Iglesia de Escocia reafirmó su condenación de 1720 del libro *The Marrow of Modern Divinity*, y amonestó a doce ministros que habían defendido la teología del libro. Entre los doce, se encontraba el ministro de la parroquia de Abernethy, Alexander Moncrieff. A Moncrieff y sus colegas se les permitió volver a sus cargos, pero la Controversia de la *Marrow* puso en movimiento fuerzas que más tarde dividirían a la Iglesia escocesa. Habiendo nacido bajo la sombra de esta controversia, la fe y obra de Brown fueron profundamente impactadas por todo lo que resultó de ella.

Cuando Brown tenía ocho años, se hizo paso a través de una gran multitud de sabbat, fuera de la iglesia de Abernethy, y descubrió que la Cena del Señor iba a ser administrada. Puesto que los no comulgantes eran excluidos de tales servicios, fue obligado a irse, pero no antes de que oyera a un ministro que habló elevadamente de Cristo. Brown escribió más tarde: “Esto, de un modo dulce y deleitoso, cautivó mis jóvenes afectos, y desde entonces me ha hecho pensar que los niños no deberían nunca ser sacados de la iglesia en tales ocasiones”.

La formación de Brown fue escasa, pero estudió latín. También disfrutaba memorizando catecismos. “Tuve particular deleite en aprender de memoria los catecismos publicados por Vincent, Flavel y la Asamblea de Westminster, y saqué mucho provecho de ellos”, escribió más tarde. Su madre notó su avidez por aprender y le imaginó un día entre los predicadores de Escocia.

En 1733, Ebenezer Erskine (1680–1754), James Fisher (1697–1775), Alexander Moncrieff (1695–1761) y William Wilson (1690–1741) se separaron de la Iglesia de Escocia. Uniéndose como el Presbiterio Asociado, crearon una nueva organización que vino a ser conocida como la Iglesia de la Secesión. Como miembro de la grey de Moncrieff en Abernethy, Brown pronto se unió a la Iglesia de la Secesión y permaneció en ella hasta su muerte.

Cuando Brown tenía once años, su padre murió y, poco después, también su madre, dejándolo huérfano a la edad de trece años. Se quedó con varias familias, pero fue separado de sus dos hermanos y hermana. “Me dejaron como a un pobre huérfano, y no tenía nada de lo que depender excepto la providencia de Dios”, escribió, “y debo decir que el Señor ha sido ‘el Padre del que no tiene padre, y la morada del huérfano”.

Poco después de que su madre muriera, el propio Brown se puso muy enfermo y casi murió. Todos excepto su hermana pensaban que no se recuperaría. Mientras oraba por su hermano, se encontró con la promesa: “Con larga vida le satisfaré y le mostraré mi salvación”, lo cual tranquilizó su mente. Su hermano se puso bien de nuevo.

En sus años decimotercero y decimocuarto, Brown fue irresistiblemente atraído por el evangelio. Leyó los libros religiosos más importantes del periodo, como *An Alarm to the Unconverted*, de Joseph Alleine, *The Trial of a Saving Interest in Christ*, de William Guthrie, *Christian Directions Shewing How to Walk with God All the Day Long*, de William Gouge, y las cartas de Samuel Rutherford. Aunque Brown se beneficiaba de lo que leía, y a menudo lo convencía durante varios días, se resistía a descansar en la sola gracia gratuita. “Tal era la inclinación de mi corazón, bajo sus convicciones, que yo deseaba hacer cualquier cosa antes que acudir a Cristo y confiar en su sola gracia gratuita para mi salvación”, escribió.

**Un Pastor Adolescente Convertido**

John Ogilvie, un anciano con poca educación, empleó al adolescente Brown para atender a sus ovejas. Ogilvie pedía a Brown que le leyera, y Brown lo hacía en numerosas ocasiones. Pronto se hicieron amigos, encontrándose a menudo para leer la Palabra de Dios, orar y cantar salmos. Brown apreciaba de veras aquellos momentos.

Tras una fiebre severa en 1741, Brown empezó a preocuparse enormemente por el bienestar eterno de su alma. Mientras sus ovejas descansaban en el redil, fue a oír un sermón a dos millas, yendo y viniendo de la iglesia. Oyó tres sermones de este modo, el último de los cuales fue predicado sobre Juan 6:64: “Hay algunos de vosotros que no creéis”. Aquel sermón atravesó su conciencia. Estaba convencido de que era el mayor incrédulo del mundo.

Su ansiedad fue enormemente calmada a la mañana siguiente, cuando oyó un sermón sobre Isaías 53:4: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”. “Me hicieron, como a un pobre pecador perdido, como al principal de los pecadores, probar a apropiarme del Señor Jesús como el que lo ha hecho todo por *mí* y *me* fue completamente ofrecido en el evangelio, como don gratuito de Dios y como mi Salvador todo-suficiente, que da respuesta a toda mi necedad, ignorancia, culpa, inmundicia, esclavitud y miseria”, escribió más tarde.

Mediante este sermón y otro sobre Isaías 45:24: “Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza”, fue llevado al Señor Jesucristo. Recibió una visión más clara de la gratuidad de la gracia de Dios y del ejercicio de tomar posesión de las promesas de Dios.

**Falsas Acusaciones**

A la edad de diecinueve años, mediante el diligente estudio privado, Brown había adquirido alguna fluidez en latín, griego y hebreo. Había aprendido el alfabeto griego examinado las notas en su copia de los poemas latinos de Ovidio, que contenían palabras helénicas, y analizando las formas griegas de la Biblia inglesa. Algunos de los estudiantes secesionistas sospecharon de la asombrosa hazaña de Brown y le acusaron de haber aprendido griego del diablo. Durante años, circularon rumores sobre Brown y presuntos tratos con el diablo. Brown agonizaba por esto, aunque el Señor le proporcionó consuelo. Brown encontró especial consuelo en el salmo 42:8: “Pero de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará conmigo, y mi oración al Dios de mi vida”. En años posteriores, comentó que la aflicción es una de las más bondadosas bendiciones de Dios para el creyente.

Mientras aún estaba bajo sospecha, Brown fue a una librería en St. Andrews y pidió un Nuevo Testamento griego. Según se cuenta, a un profesor de la universidad le impactó que Brown, cuyas ropas andrajosas anunciaban su profunda pobreza, pidiera tal libro. El profesor declaró que, si Brown sabía leerlo, el profesor le compraría el libro. De esta manera,

Brown obtuvo el Nuevo Testamento sin ningún coste.

**Vendedor Ambulante, Soldado y Maestro**

Durante varios años, Brown fue vendedor ambulante, cargando un fardo y viajando a los condados vecinos para vender trastos viejos por las casas de campo. No tuvo mucho éxito en este asunto. Los libros en las casas de la gente y las largas discusiones a menudo lo desviaban de vender la mercancía.

Durante este tiempo, Brown recorría grandes distancias para asistir a cultos de comunión. Una vez, viajó más de veinticinco millas para asistir a una temporada de comunión en la iglesia de Ebenezer Erskine. Era costumbre en aquel tiempo que la Cena del Señor fuera administrada tan sólo una o dos veces al año en la congregación, y mucha gente venía desde lejos para participar de los varios días de cultos dedicados al sacramento.

En 1745, Charles Edward Stuart, un acérrimo católico romano, tuvo un intento fallido por recuperar el trono británico en Escocia. Los secesionistas eran leales a la fe protestante, por supuesto, y a la reinante Casa de Hanover. Tomaron las armas para defender a su Iglesia y a su país. John Brown luchó junto a otros secesionistas en defensa del castillo de Edimburgo.

Posteriormente, Brown volvió a la venta ambulante, pero pronto estuvo insatisfecho de su trabajo. Desde sus tempranos días, se había sentido llamado a proclamar la verdad de Dios desde el púlpito, pero carecía de una educación universitaria. El siguiente paso lógico para él era asumir el papel de maestro, lo que hizo en 1748.

John Brown enseñó primero en Gairney Bridge, cerca de Kinross; después, en Spittal, una aldea de la parroquia de Penicuik. Uno de sus estudiantes durante este tiempo fue Archibald Hall (1736–1778), que más tarde llegaría a ser el respetado ministro de Wall Street, Londres.

Durante este periodo, Brown aprendió mucho sobre teología y literatura. Memorizó grandes porciones de la Escritura. Adquirió un conocimiento básico de árabe, sirio, persa, etíope y las lenguas europeas principales, incluyendo francés, español, italiano, holandés y alemán. Estudió hasta largas horas de la noche, regularmente no durmiendo más de cuatro horas. Mucho más tarde, confesó el peligro de estos hábitos insaludables.

**La Escisión del Sínodo Asociado**

En abril de 1747, tuvo lugar una división llamada “la Escisión” en la Iglesia de la Secesión, por causa de la legitimidad del juramento burgués. En 1744, se demandó a los ciudadanos de Edimburgo, Glasgow y Perth que tomaran juramento. Tomar este “leal juramento” era prerrequisito para ocuparse del comercio, pertenecer a uno de los gremios de artesanos o votar en las elecciones. Incluida en el juramento, estaba esta cláusula: “Aquí protesto, ante Dios y su señoría, que profeso y reconozco con mi corazón la verdadera religión, al presente profesada en este reino y autorizada por sus leyes..., renunciando a la religión romana llamada papado”.

Quienes condenaron el juramento creían que era un refrendo de la Iglesia de Escocia, con todos sus errores y corrupciones imperantes. Se les conocía como antiburgueses. A quienes apoyaban el juramento se les llamó burgueses, los cuales sostenían que el juramento meramente demandaba que se profesara el protestantismo, frente al catolicismo romano. Brown y los Erskine apoyaron a los burgueses. Veintitrés líderes eclesiásticos del partido antiburgués, bajo el liderazgo de Alexander Moncrieff y Adam Gib (1714–88), declararon que ellos eran la legítima continuación de la Secesión. Formaron el Sínodo Asociado General.

La secesión del Sínodo Asociado General obligó al Sínodo Asociado a formar un nuevo seminario para formar a pastores para el ministerio. El Sínodo Asociado nombró a Ebenezer Erskine para que comenzara a formar a estudiantes para el ministerio en Stirling. Erskine aceptó el nombramiento, aunque de manera reacia, puesto que ya tenía sesenta y siete años. El Sínodo, por tanto, escogió a James Fisher de Glasgow como alternativa. Fisher es recordado por su *Exposition of the Shorter Catechism*, publicado en dos partes, comenzando en 1753.

El primer estudiante en presentarse en Stirling fue John Brown. Una educación universitaria era un requisito para entrar, pero Brown ya se había distinguido como erudito autodidacta. Algunos miembros del Presbiterio cuestionaron sus credenciales, pero Ralph Erskine (1685–1752), el hermano menor de Ebenezer, salió en defensa de Brown, diciendo: “Pienso que el muchacho tiene un olor grato de Cristo alrededor”.

Brown fue aceptado para estudios teológicos, y empezó la formación para el ministerio asociado bajo Ebenezer Erskine. El texto de teología básico que se usaba en aquel tiempo era *Institutes of Elentic Theology*, de Francis Turretin (1623–1687). El método de Erskine era leer a Turretin y comentar sus doctrinas principales. Destacaba en la enseñanza de homilética.

Después de dos años, James Fisher tomó el cargo de profesor. Brown se trasladó a Glasgow para ponerse bajo la enseñanza de Fisher. A Fisher a menudo se le comparaba con un águila, debido a su agudeza de visión mental y a la rapidez con que desmontaba falacias y herejías. Brown aprendió mucho de Fisher, y refinó tanto sus habilidades para predicar que el 14 de noviembre de 1750, a la edad de veintiocho años, recibió su licencia para predicar del Presbiterio de Edimburgo.

**Pastor en Haddington**

Poco tiempo después de su ordenación, Brown recibió ofertas para ser ministro de la congregación asociada de Haddington, la ciudad condal de East Lothian, y de Stow, Mid-Lothian. Aceptó la oferta en Haddington, la más pequeña de las dos congregaciones.

Brown sirvió a la pequeña iglesia de Haddington treinta y seis años, desde 1751 hasta su muerte. Predicaba tres veces cada día del Señor, y visitaba y catequizaba a su grey durante la semana. Con toda tu erudición, trataba de predicar como si jamás hubiese leído otro libro aparte de la Biblia. A menudo citaba el dicho del arzobispo James Ussher: “Nos costará toda nuestra erudición dejar las cosas claras”.

*La iglesia en Haddington*

Durante el curso de su pastorado, Brown sufrió muchas pruebas en su vida personal, incluyendo la pérdida de una esposa y varios hijos. Con dieciocho años, se casó con Janet Thomson, una hija de un mercader de Musselburgh temerosa de Dios. Tuvieron ocho hijos, de los cuales sólo sobrevivieron dos. Después de que su primera esposa muriera, Brown se casó con Violet Croumbie, de Stenton, East Lothian, que vivió treinta y cinco años más que él.

Brown a menudo agonizaba con la idea de ser una prueba para su congregación. Rogaba a Dios que le ayudara a guiar a su grey pero, si su ministerio no era para la gloria de Dios, que se lo llevara mediante la muerte. Desaprobaba enérgicamente a los ministros que cambiaban de pastorado con frecuencia.

En cambio, encontraba sumo placer en los estudios que le preparaban para el próximo sabbat. La experiencia espiritual personal también enriquecía sus sermones. Como dijo: “Cualquier pequeño conocimiento de mi extraordinariamente malvado corazón, y de los tratos del Señor para con mi alma, me ha ayudado mucho en mis sermones; y he observado una tendencia a exponer de un modo más sentido y ferviente lo que ya había experimentado”. El principal centro de atención en la predicación de Brown era la belleza y gloria de Cristo, contra el telón de fondo de la miserable depravación del hombre. Escribió: “Después de casi cuarenta años predicando a Cristo y su grande y dulce salvación, pienso que preferiría mendigar mi pan todos los días laborales de la semana, para tener el sabbat la oportunidad de publicar el evangelio a una asamblea de pecadores, que, sin este privilegio, disfrutar de las más ricas posesiones sobre la tierra”.

Brown amaba estudiar a los grandes teólogos. Sentía particular aprecio por los viejos teólogos –Francis Turretin, Benedict Pictet, Petrus VanMastricht, John Owen– y escritores contemporáneos como Thomas Boston, James Hervey, y Ebenezer y Ralph Erskine.

Brown fue un estudiante de por vida. Como observó Thomas Brown: “Nunca estaba más en su elemento que cuando estudiaba, y así pasaba la mayor parte de su tiempo”. A menudo se levantaba a las cuatro o cinco de la mañana para orar fervorosamente por su querida grey, antes de realizar los deberes del día, aunque a menudo lamentaba su deficiencia en la oración.

Brown se deleitaba en la oración, apartando con frecuencia mañanas enteras para ella. Su tierno amor por Dios a menudo surgía de manera espontánea, como cuando respondía a un fuerte trueno. “Ése es el susurro amoroso de mi Dios”, decía.

Brown también organizaba reuniones de oración colectiva. Durante algunos años, tenía reuniones de oración en su parroquia con siete u ocho niños. También dirigía una reunión de oración para adultos de la Iglesia de Escocia y las congregaciones secesionistas. En años posteriores, escribió pautas sobre cómo debían conducirse las reuniones de oración.

En 1758, Brown publicó su primer libro: *An Help for the Ignorant: Being an Essay Towards an Easy, Plain, Practical and Extensive Explication of the Assembly’s Shorter Catechism, composed for the Young Ones of his own Congregation*. El libro ofrece miles de preguntas sobre el Catecismo Menor. Las respuestas son sucintas, prácticas y apoyadas en la Escritura. Brown introduce su libro con un prefacio para los niños, instándoles a servir al Señor, huir del mundo, y confiar sólo en Cristo para la salvación.

En general, el libro fue bien recibido. Algunos antiburgueses, sin embargo, acusaron a Brown de herejía, porque escribió que, aunque la justicia de Cristo es de infinito valor en sí misma, es imputada a los creyentes sólo en proporción a su necesidad. Los antiburgueses mantuvieron que la justicia de Cristo es imputada a los creyentes en su pleno valor infinito, de modo que el pueblo de Dios es infinitamente justo en Cristo.

El debate parecía más especulativo que edificante. No obstante, Brown respondió al año siguiente con su *A Brief Dissertation concerning the Righteousness of Christ* (1759), en el que escribió: “Que hagan o deseen de mí lo que quieran, pero sea su poción redención mediante la sangre de Jesús... [Que] me llamen lo que les plazca, pero que el Señor los llame ‘santos, redimidos del Señor’ ”.

Esta respuesta era típica de Brown. Rara vez hablaba una palabra negativa de nadie. También trataba el rumor como rumor, afirmando que, cuando se decía de quienes estaban en el oficio público, normalmente no era verdad.

Brown escribió una vez al reverendo Archibald Bruce, un respetado profesor de teología para los antiburgueses: “De nuestra andadura a ambos lados de la Secesión, a menudo he pensado que es como la de dos viajantes que viajan por la misma carretera, no lejos el uno del otro, pero, a consecuencia de una densa neblina venida sobre ellos muy repentinamente, no pueden verse el uno al otro, y cada cual supone al otro lejos de la carretera. Después de algún tiempo, las tinieblas son disipadas, y se llevan una gran sorpresa al comprobar que ambos están en la carretera, y habían estado todo el tiempo muy cerca el uno del otro”.

Esto resultó ser verdad respecto a los burgueses y antiburgueses. En 1820, treinta y tres años después de que Brown muriera, las dos denominaciones fueron reconciliadas bajo la Iglesia Secesionista Unida. En 1847, se forjó una unión entre la Iglesia Secesionista Unida y la Iglesia del Consuelo, fundada en 1761. El nuevo cuerpo fue conocido como la Iglesia Presbiteriana Unida.

El ministerio de Brown fue bendecido por Dios. La gente de su congregación creció en gracia bajo la Palabra y el sacramento, al igual que otros que le oyeron predicar en los lugares a que viajaba. Muchos le consideraron su padre espiritual.

**Profesor de Teología**

Tras la muerte de John Swanston de Kinross en 1767, Brown fue nombrado profesor de teología por el Sínodo de la Iglesia Asociada. Durante veinte años, ocupó esta posición con distinción. Enseñaba a los estudiantes teológicos de la Iglesia Asociada nueve semanas al año, incluyendo 160 horas de instrucción, exámenes y presentaciones de estudiantes.

Brown enseñaba a unos treinta estudiantes al año lenguas, teología, historia de la Iglesia y homilética. Algunas de estas clases están incluidas en sus publicaciones, como *A General History of the Christian Church* (2 vols.; 1771) y, de mayor importancia, su teología sistemática, *A Compendious View of Natural and Revealed Religion* (1782). Este libro, reeditado varias veces en el siglo diecinueve, es una obra de gran mérito. Otras obras menos conocidas que surgieron de su enseñanza teológica son *Letters on Gospel Preaching* y *Ten Letters on the Exemplary Behaviour of Ministers*, impresas en los *Select Remains* de Brown (1789).

*John Brown de Haddington*

En su enseñanza, Brown continuamente acentuaba la necesidad de la religión del corazón. Enseñaba a los estudiantes como un padre enseña a sus hijos, amándoles y amonestándoles, por su propio bien. Tras oír un sermón práctico, dijo a un estudiante: “Espero no volver a oír nunca más un sermón semejante mientras viva”. A otro, escribió: “Espero que el Señor te haya sacado algo del viento que imaginé en ti cuando la primera vez que te vi. Ruégale que llene ese espacio consigo mismo y su gracia”. Esta severidad, sin embargo, era templada con amabilidad. Su preocupación por los estudiantes le ganó su afecto y respeto. Muchas de sus clases excitaron sus almas. Su discurso de despedida anual escudriñaba sus conciencias de manera particular. He aquí un ejemplo:

El estado en que estáis, los principios imperantes que hay en vuestro pecho, los motivos que tienen influencia sobre vosotros, y los fines que tenéis a la vista –si sois, realmente, lo que profesáis y lo que vuestra apariencia externa indicaría– todo le es conocido a Dios. Recomendar un Salvador por quien no se tiene amor, predicar un evangelio que no se cree, señalar el camino hacia el cielo sin haber dado jamás un paso por ese camino, imponer un conocimiento salvífico de la religión, siendo uno mismo un completo extraño a ella: ¡qué triste, qué absurdo!

Un biógrafo escribió de Haddington: “Se cree que muchos de sus escritos de aquellos tiempos jamás serán olvidados por quienes le oyeron. Los muchos ministros capaces, útiles y aceptables, tanto de Gran Bretaña como de Irlanda, a quienes instruyó para el oficio sagrado, dan prueba del amplio éxito con que el Señor coronó sus labores”. Algunos de los estudiantes a quienes Brown formó fueron George Lawson (1749–1820), John Dick (1764–1833) y su hijo mayor, John Brown (1754–1832), más tarde ministro de Whitburn.

Durante sus años como profesor, Brown también estuvo ocupado en la obra de su denominación. Los últimos veinte años de su vida, sirvió como secretario del Sínodo. Sólo se perdió dos de cuarenta y un sínodos en aquellos años. También sirvió en muchos comités denominacionales.

**Enfermedad y Muerte**

A principios de 1787, Brown adolecía de indigestión, que se hacía más aguda conforme pasaban los meses. Su salud no podía soportar por más tiempo la despiadada carga que había llevado la mayor parte de su vida, pero estaba determinado a seguir trabajando. “¿Cómo puede un moribundo gastar su último aliento mejor que predicando a Cristo?”, preguntó.

El 25 de febrero de 1787 fue su último sabbat en el púlpito. Por la mañana, predicó sobre Lucas 2:26: “Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor”. Por la tarde, su texto fue Hechos 13:26: “A vosotros es enviada la palabra de esta salvación”. Dijo a su congregación que éstos eran sus últimos sermones y los encomendó a la gracia de Dios.

Mientras su salud continuó declinando, el hombre que siempre había sido reacio a hablar de su propia experiencia religiosa parecía transformarse en un niño pequeño. Las puertas de sus afectos se abrieron de par en par. Dijo cosas amorosas a sus hijos, instándolos a perseverar en la fe. Cuarenta y cinco páginas de expresiones en su lecho de muerte concluyen su *Memoir*, editada por su hijo William. Aquí tenemos una muestra de lo que Brown dijo:

• Que Cristo sea magnificado en mi vida, ésa es la gran cosa que deseo.

• ¡Oh! ¡Estar con Dios! ¡Verle como es en Cristo! ¡Conocerle como somos conocidos! Esto merece no meramente que *hagamos* algo, sino que *muramos* por ver a un Dios de gracia.

• He servido a varios señores, pero a ninguno tan bondadoso como Cristo. He tratado con muchos hombres honestos, pero a ningún acreedor como Cristo. Si tuviese diez mil corazones, todos debiera darlos a Cristo. Y si tuviese diez mil cuerpos, todos debiera emplearlos en trabajar por su honra.

• ¡Oh, encomiable Jesús! He estado mirándole estos muchos años, y jamás he podido encontrar un solo defecto en él. He visto a muchas personas hermosas, pero ninguna tan hermosa como Cristo.

• ¡Oh! ¡Qué ha de ser Cristo en sí mismo, cuando endulza el cielo, endulza las Escrituras, endulza las ordenanzas, endulza la tierra y endulza hasta las pruebas!

• Una vez tuve la maravillosa visión de la necesidad de que me amara, siendo *pecador*. Dijo: “Otras ovejas tengo; a ellas también *debo* traer”.

Brown tuvo un gran sentido de su pecaminosidad. Degradaba tan intensamente su debilidad como exaltaba a Cristo. Éstas son algunas muestras de este conocimiento de sí mismo.

• Mi vida es y ha sido una especie de contienda casi perpetua entre Dios y mi alma. Él contiende por vencer mi enemistad y maldad con sus misericordias, y yo contiendo por vencer su misericordia con mi enemistad y maldad. ¡Asombrosamente bondadoso por su parte, pero peor que diabólicamente malvado por la mía! Pero, después de todo, deseo y espero que Él, y no yo, obtenga la victoria final.

• Conozco la extrema maldad de mi corazón, una maldad tal que habría incitado a cualquiera, excepto a un Dios de infinito amor, a arrojarme al infierno.

• No tengo más dependencia de mis labores que de mis pecados.

• Mi consuelo estos veinte años ha sido que no sólo a los pecadores *sensatos*, sino también a los más estúpidos, se les invita a creer en Cristo.

• Puesto que Cristo vino a salvar a los pecadores, incluso a los principales, ¿por qué –pensé– había yo de ser la excepción?

En una carta a su congregación, Brown escribió de manera conmovedora sobre estas dos cuestiones del pecador merecedor del infierno y el Cristo precioso:

Veo una debilidad, deficiencia, infidelidad, imprudencia, frialdad y despreocupación, y egoísmo tales, en todo lo que he hecho como ministro o cristiano, que del todo merezco la más profunda condenación del infierno. No tengo esperanza de la felicidad eterna más que en la sangre de Jesús, que limpia de todo pecado –en “la redención por su sangre, el perdón de mis pecados, conforme a las riquezas de su gracia”–.

Normalmente, Brown iba a la congregación de Stow para participar de su temporada de comunión. Un amigo que se dio cuenta de que el enfermo Brown no se proponía ir a Stow preguntó: “¿No vas a viajar acá este año?” Brown respondió: “No, mi deseo es partir para estar con Dios, mi dicha suprema”. El 19 de junio de 1787, pronunció sus últimas palabras: “Cristo mío”, y murió. Tenía sesenta y cinco años.

Después de que Brown muriera, esta “solemne dedicatoria al Señor”, con fecha de 23 de junio de 1784, fue hallada entre sus papeles.

¡Señor! Estoy ahora entrando en el 34º año de mi ministerio. ¡Asombroso ejemplo de gracia y paciencia soberanas con un incordio como yo! ¡Cuán extraño que, durante más de sesenta años, hayas procurado usar de misericordia y bondad para con un miserable que, entretanto, ha hablado y hecho todo el mal que ha podido! Ni tampoco cedería, excepto cuando la todopoderosa influencia de la libre gracia puso fuera de mi alcance oponerme a ella. ¡Señor! ¡Cuán a menudo he hecho votos, pero jamás he mejorado; he confesado, pero jamás me he enmendado! A menudo me has desafiado y corregido y, sin embargo, yo he seguido el camino de mi corazón. Como un malvado y seductor, he ido de mal en peor.

Pero, ¿adónde habría de acudir un pecador sino al Salvador? ¡Señor! Todo refugio me falla; ningún hombre puede socorrer a mi alma. Nada me servirá, excepto una porción singular de tu gracia todopoderosa. A ti, ¡oh Jesús!, me entrego como necio, culpable, contaminado y esclavizado pecador; y, de ese modo, solemnemente te tomo como mío, siéndome hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención. Me entrego como una pobre, ignorante, negligente y malvada criatura, que siempre ha estado aprendiendo y, sin embargo, nunca ha podido llegar al conocimiento de la verdad. A ti, ¡oh Señor!, para que concedas dones a los rebeldes, y exaltes tu gracia, mostrando bondad a los indignos.

¡Oh Salvador! Desciende y haz algo por mí, antes de que muera. A ti me entrego a mí mismo y a mi familia, esposa, hijos y siervo, alentado por tus promesas (Gn. 17:7; Jer. 31:1; Is. 44:3, 59:21). Te encomiendo mi pobre, débil y seca congregación, privada de sus pilares por la muerte, para que la fortalezcas, renueves y gobiernes. Te encomiendo todos mis estudiantes, para que tú, ¡oh Señor!, los formes para el ministerio. ¡Que ni uno de ellos sea jamás tan inepto como he sido yo! ¡Señor! Deseo tomar posesión de tu nuevo pacto, bien ordenado en todas las cosas y seguro. Esto es toda mi salvación y todo mi deseo.

**Un Escritor Prolífico**

Brown publicó treinta libros. La obra por la que fue más conocido fue su *Self-Interpreting Bible* (Biblia comentada), 2 vol., 1778, y, en menor medida, *A Dictionary of the Holy Bible* (Diccionario de la Santa Biblia), 2 vol., 1769. La Biblia de Brown contiene historia, cronología, geografía, resúmenes, notas aclaratorias y reflexiones –en pocas palabras, es una biblioteca en miniatura que abarca todo lo que un lector típico pueda desear–. Fue reimpresa veintisiete veces en Gran Bretaña y América, a menudo aumentando de tamaño mediante las adiciones de los editores. La última y mejor edición (4 vol., 1914) contiene más de 2.200 páginas. Las numerosas ayudas incluyen un sistema de referencias cruzadas a margen de página. Esta biblioteca en sí misma llegó a ser casi tan común en los hogares escoceses del siglo dieciocho como *El progreso del peregrino* de Bunyan y *Fourfold State* de Thomas Boston. Incorporaba material del *Dictionary*, que explicaba vocabulario y gramática inglesa, haciéndola útil para un aprendizaje casero, y también aplicaba las Escrituras práctica y personalmente. La obra completa es ejemplar por ser directa y exhaustiva.

*“La Biblia de Brown”*

El libro de Robert MacKenzie, *John Brown of Haddinton*, dedica un capítulo entero a recomendar la *Self-Interpreting Bible*. MacKenzie escribe:

Ninguna obra llevó tan lejos la reputación del autor como su *Self-Interpreting Bible*... Su éxito desde el principio fue extraordinario... Es evidente que una cantidad de valioso material fue, por medio de ella, colocado a disposición del lector ordinario. Era la información que anhelaba un estudiante de las Escrituras sin acceso a las obras de erudición que trataban estos temas... Brown afirma que su reconocido propósito en su publicación no es menoscabar los valiosos comentarios de estos escritores (refiriéndose a algunos de los comentaristas reformados más famosos del pasado), sino “manifestar su sustancia principal con todo el provecho posible”...y, al referirse particularmente al Nuevo Testamento, añade que “allí la explicación es especialmente extensiva, e intenta manifestar la sustancia de muchos comentarios”.

Charles Simeon de Cambridge (1759–1836) usó el libro de Brown en sus devocionarios matinales. Escribió a Brown: “Tu *Self-Interpreting Bible* parece ocupar el lugar de todos los demás comentarios; y yo estoy recibiendo cada día tanta edificación e instrucción de ella que la quisiera en las manos de todos los ministros serios”.

Los destinatarios de Brown eran sumamente diversos. Escribió para niños y jóvenes. *The Young Christian; or, The Pleasantness of Early Piety*, 1782, fomenta el temor de Dios en la juventud. Los libros de catecismo para niños, que se publicaron por primera vez bajo una sola cubierta como *Two Short Catechisms, mutually connected*, 1764, vinieron a ser conocidos como el “Pequeño Brown” y el “Gran Brown”. El “Pequeño Brown” contiene 202 preguntas, muchas de las cuales son cortas, personales y diseñadas para jóvenes. El “Gran Brown”, escrito para jóvenes mayores, contiene 743 preguntas basadas en el Catecismo Menor.

Brown también escribió una trilogía de libros, durante un periodo de más de quince años, sobre las figuras, tipos y profecías de la Escritura, titulados: *Sacred Tropology; or A Brief View of the Figures and Explication of the Metaphors contained in Scripture* (1768), *An Evangelical and Practical View of the Types and Figures of the Old Testament Dispensation* (1781), y *The Harmony of Scripture Prophecies, and history of their fulfillment* (1784). Escribió los libros, dijo, porque, “en el primero, observamos la sorprendente elocuencia del cielo, y discernimos, en casi toda forma de la naturaleza, una guía e ilustración de la verdad inspirada. Mediante el segundo, percibimos toda la sustancia del evangelio de Cristo, verdaderamente manifestado en antiguas sombras, personas y cosas: en leyes aparentemente carnales e insignificantes. En el tercero, observamos cómo predicciones asombrosamente inspiradas, si se ordenan de manera adecuada y se comparan con la historia de las naciones e iglesias, se ilustran unas a otras; y los acontecimientos modernos, con la evidencia de los milagros, confirman nuestra fe en los oráculos de Dios”.

También amaba escribir biografías e historia de la Iglesia. Para los ministros, escribió *The Christian, the Student, and Pastor, exemplified in the lives of nine eminent Ministers* (1781). *Practical Piety Exemplified* (1783) presenta las vidas de trece cristianos eminentes, ilustrado con varios casos de conciencia. *Casuistical Hints, or Cases of Conscience* (1784) fue escrito originalmente para uso personal, pero más tarde Brown lo ofreció como “una ilustración a modo de apéndice de *Practical Piety Exemplified*, o un apéndice a mi sistema sobre la cabeza de la santificación”. Trata de las tentaciones, el pecado interno, la herejía y la división en la Iglesia. Su última obra editada fue *The Most Remarkable Passages in the Life and Spiritual experiences of Elizabeth Wast, a Young Woman, sometime Matron of the Trades Hospital*, Edinburgh (1785). En cuanto a la historia de la Iglesia, además de su visión general en dos volúmenes, escribió *An Historical Account of the Rise and Progress of the Secession* (1766) y *A Compendious History of the British Churches in Scotland, England, Ireland, and America* (2 vols.; 1784).

En ocasiones, Brown escribió polémicamente para defender o atacar una posición. Atacó al papado en *The Oracles of Christ and the Abominations of Antichrist Compared; or, A Brief View of the Errors, Impieties, and Inhumanities of Popery* (1779) y *The Absurdity and Perfidy of All Authoritative Toleration of Gross Heresy, Blasphemy, Idolatry, and Popery in Britain* (1780). Defendió la posición burguesa en *The Re-exhibition of the Testimony vindicated, in opposition to the unfair account of given it by the Rev. Adam Gib* (1780). (Gib fue un importante ministro anti-burgués, que había escrito *An Account of the Burgher Re-exhibition of the Secession Testimony*).

Brown también publicó los siguientes sermones: *Religious Steadfastness Recommended* (1769), *The Fearful Shame and Contempt of those professed Christians who neglect to raise up spiritual Children to Christ* (1780), and *The Necessity and Advantage of Earnest Prayer for the Lord’s Special Direction in the Choice of Pastors* (1783).

En 1765, Brown publicó su revista, titulada *The Christian Journal; or, Common Incidents Spiritual Instructions*. La revista está dividida en cinco partes: primavera, verano, otoño, invierno y día de reposo. Lecciones sacadas de la naturaleza y el sabbat son aplicadas a la vida espiritual. También escribió un poco de ficción. *Letters on the Constitution, Government, and Discipline of the Christian Church* (1767) contiene diecinueve cartas dirigidas a una persona ficticia, llamada Amelius, que carece de entendimiento sobre la constitución de la iglesia y cómo son los miembros aceptados en ella. Brown ofrece el fundamento bíblico para promover una sólida idea de la iglesia organizada y de su Liga y Pacto solemnes.

*The Palms of David in Metre* (1775), recientemente reimpresos, incluyen las notas de Brown sobre los salmos. *A Brief Concordance to the Holy Scriptures* (1783) fue útil en su tiempo. *Devout Breathings*, que enfatizaba la fe experimental, ya había sido impreso dieciséis veces en el año 1784. *The Awakening Call: Four Solemn Addresses, to Sinners, to Children, to Young Men and Women, and to Aged Persons*, a veces unido a *Devout Breathings*, también se difundió ampliamente.

Para el tiempo de su muerte, el nombre de Brown era una palabra familiar entre los presbiterianos de Escocia y por todo el mundo angloparlante. Sus libros, panfletos, tratados y catecismos eran leídos por un gran número de personas. Incluso después de su muerte, se siguieron publicando obras adicionales. *Select Remains* (1789), que incluye alguna de la voluminosa correspondencia de Brown, un número de tratados y su consejo en el lecho de muerte, fue editada por su hijo mayor, John. *Posthumous Works* (1797) y *Apology for the more Frequent Administration of the Lord’s Súper* (1804) también fueron publicadas. En *Apology*, Brown argumentó a favor de la observancia más frecuente de la Cena del Señor, enfrentando a quienes enseñaban que la infrecuencia salvaguardaba la solemnidad con la pregunta: “¿Por qué no orar poco, predicar poco, leer la Palabra de Dios poco, para que también se hagan más solemnes?”.

**Una Dinastía Espiritual**

Brown tuvo muchos hijos, algunos de los cuales llegaron a ser importantes líderes cristianos. Su hijo John (1754–1832) fue ministro de Whitburn durante cincuenta y cinco años, y un prolífico escritor de devocionarios. Ebenezer (fallecido en 1836) fue un importante predicador en Inverkeithing, Fife, durante cincuenta y seis años. Samuel (1779–1839) ayudó a iniciar bibliotecas circulantes. Y William (1783–1863) fue historiador de misiones y un excelente biógrafo de su padre. Su nieto John Brown (1784–1858) sirvió como pastor en la Iglesia Presbiteriana Unida de Broughton Place, Edimburgo, y fue profesor de teología exegética de la Secesión Unida y la Facultad Presbiteriana Unida, Edimburgo. Su biznieto Robert Johnston (fallecido en 1918) fue profesor de la Facultad Presbiteriana Unida, Edimburgo, y de la Facultad de la Iglesia Libre Unida, Aberdeen. Otro biznieto, John (Rab) Brown (1810–82) y David Cairos (1862–1946) llegaron a ser notables maestros y escritores presbiterianos. Los descendientes de Brown le respetaron tanto que algunos viajaron a Escocia desde los Estados Unidos en 1987, para asistir a eventos que marcaban el bicentenario de la muerte de Brown.

***El Compendio* de Brown**

La teología sistemática de Brown, impresa en 1782 a petición de estudiantes de teología, incluye siete libros y veinticuatro capítulos. Ofrece enfoque bíblico, análisis exegéticos, centralidad del pacto, profundidad experimental y poderosas aplicaciones. El estilo de Brown es metodológico e incluye numerosas divisiones y subdivisiones para ayuda de los estudiantes.

Al igual que Johannes Cocceius (1613–1669) y Herman Witsius (1636–1708), Brown pensaba que la teología sistemática reformada debía enfatizar la actividad histórica de Dios en el tiempo, antes que sus decretos eternos. Esa actividad estaba basada, antes de la caída, en el pacto de obras y, después de la caída, en el pacto de gracia. En consecuencia, la teología de Brown se organiza en torno a la doctrina del pacto.

***Unas palabras dirigidas a los estudiantes de teología***

En el prefacio de 16 páginas a la obra, titulado “Unas palabras dirigidas a los estudiantes de teología”, Brown dice que A *Compendious View* no fue escrita “para haceros leer, sino para haceros *pensar mucho*” y “para imprimir en vuestras mentes las grandes cosas de Dios”. Así pues, ofrece una plétora de versículos y referencias de la Escritura (26.819 en total) para “haceros poderosos en las Escrituras, preparados para defender los diversos artículos de nuestra santa religión mediante el testimonio del Espíritu Santo, auto-manifiesto y cautivador de la conciencia, y acostumbrados a expresar las cosas de Dios en su propio idioma”. Brown esperaba que los estudiantes avanzaran de párrafo en párrafo, memorizando tantos textos como les fuera posible.

Con la eternidad en mente, Brown instruyó a los estudiantes para hacer lo siguiente:

1. Comprobad que vosotros mismos seáis *verdaderos cristianos*.

2. Reflexionad mucho delante de Dios sobre qué *provisiones* apropiadas tenéis para la obra ministerial, y trabajad para aumentarlas.

3. Cuidaos de que vuestro *llamamiento* de Cristo y su Espíritu a vuestro ministerio no sólo sea *real* sino *evidente*.

4. Ved si vuestro *fin* al entrar o ejercer vuestro oficio es sencillo y desinteresado.

5. Ved si vuestras mentes tienen profundamente impresas la *naturaleza, extensión* e *importancia* de vuestra obra ministerial.

6. Ved si en vuestros espíritus no tratáis con el Señor *traicioneramente*.

7. Ved si, como trabajadores que no tienen de qué avergonzarse, os esforzáis con fervor por repartir adecuadamente la palabra de verdad, conforme a las capacidades, necesidades y ocasiones particulares de vuestros oyentes, dando a cada cual su porción a su debido tiempo.

8. Ved si sois juiciosos, rectos, constantes y fieles en vuestra profesión.

9. Mejorad y vivid siempre en base al bendito ánimo que, como cristianos y ministros, os es ofrecido en el evangelio.

Brown cierra su prefacio con estas palabras: “No hay amo más bondadoso que Cristo, ni servicio tan placentero y provechoso como el de Cristo, ni recompensa tan plena, satisfactoria y permanente como la de Cristo. Por tanto, comencemos todas las cosas en Cristo, realicemos todas las cosas con y por medio de Cristo, y apunten y finalicen todas las cosas en Cristo”.

***El estándar regulador de la religión***

El primer libro de la obra de Brown proporciona el fundamento para el resto de la obra, al tratar los prolegómenos de la teología. Consta de tres capítulos: el primero, la ley de la naturaleza; el segundo, la insuficiencia de la ley y la naturaleza para llevar al hombre a la verdadera y duradera felicidad; el tercero, una elaborada consideración del carácter divino de la Escritura.

El capítulo inicial de Brown comprende los principios de la religión natural, así como los elementos de la moralidad natural. En el capítulo dos, trata la ética más directamente, denunciando el comercio de esclavos como un crimen, aunque admite su legalidad bajo circunstancias prescritas. También aboga por la monarquía limitada frente a la democracia. Y trata cuestiones relacionadas con la vida familiar, empresarios y empleados, e injusticias inflingidas sobre el débil.

A continuación, Brown discute la insuficiencia de la teología natural. Se enfrenta a los deístas en su propio terreno, cruza palabras con David Hume y expone las debilidades del racionalismo.

Brown es un maestro del examen. Por ejemplo, comentando las propiedades de la memoria, Brown escribe: “La memoria humana es el poder intelectual de *reunir* o *retener* nuestras ideas, y es llamada *buena* cuando las reúne con prontitud y las retiene con fuerza. Su condición depende mucho de la de nuestro cuerpo: si está saludable, libre de sueño, etc.”.

Brown trata cuestiones que pocas veces encontramos en las teologías sistemáticas modernas. Comentando las virtudes sociales, apunta: “La humanidad hacia los brutos, absteniéndonos cuidadosamente de cualquier forma o grado de crueldad para con ellos, está implicada en la virtud social. En esto imitamos a Dios, que es bueno para con todos, y mostramos una adecuada consideración de sus criaturas y nuestros copartícipes de su generosidad en la creación y providencia”.

Extendiéndose sobre la naturaleza de la revelación, Brown observa de manera apologética: “Los contenidos de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento están en *perfecto acuerdo con la razón*”. Para Brown, las doctrinas bíblicas, como la trinidad y la misericordia de Dios, trascienden el muy limitado y dificultoso alcance de la razón. Los argumentos de Brown, sin embargo, son debilitados por la falta de una apologética de presuposición, y por no conceder la posibilidad de un desarrollo gradual de la verdad espiritual y ética.

En su sección final sobre la doctrina de la Escritura, Brown exhorta: “¡Reflexiona ahora, alma mía! ¿Son estos oráculos de Dios, estos testimonios y testamentos de Jesucristo, mi heredad y la Palabra en que me ha hecho esperar? ¿Son mi divino visado para la vida eterna?”. Concluye: “No me atreva yo a proceder a la contemplación de su naturaleza y obras hasta que crea su Palabra y reciba su *don inefable* de modo que, en base a esto, pueda todo el tiempo decir de Él: *Señor mío y Dios mío* –mi Dios y mi Todo–”.

***Dios, autor, objeto y fin de toda religión***

El libro segundo entra en la teología propiamente dicha. Incluye cuatro capítulos sobre los nombres, naturaleza y perfecciones de Dios; las personas de la divinidad; los decretos de Dios; y la ejecución de su decreto.

Tras discutir el conocimiento, sabiduría, poder, soberanía, santidad, justicia, bondad y verdad de Dios, Brown desafía a los lectores a decir:

Alma mía, detén tu contemplación del Altísimo y pregúntate a ti misma en su presencia: Si Dios es Espíritu, ¿tengo una mente espiritual y le adoro en espíritu y en verdad? ¿Detesto y expulso toda imaginación carnal suya de mi corazón? ¿Vivo en perpetuo asombro de que su infinita equidad permita vivir a un pecador como yo; mejor dicho, que me salve? ¿Considero todas las cosas, viniendo de su mano, buenas –muy buenas para mí–? ¿Es Él mi Salvador, mi Padre, mi Marido, mi Amigo, mi Señor, mi Porción, mi Modelo, mi Dios, mi Todo?

Como férreo calvinista federalista, dice de los decretos de Dios: “Dios actúa en sí mismo contemplando, amando, deleitándose en sí mismo; y, en las personas de la deidad, conociéndose, amándose, deleitándose y consultándose unas a otras”. Brown, entonces, explica cómo trabaja la providencia mediante la elección y la reprobación. La elección siempre es *en Cristo*, que es el representante y cabeza del pacto de los elegidos, dice Brown. Al igual que otros federalistas, Brown ve una conexión esencial entre la elección y la expiación, que limita la expiación a los elegidos de Dios.

Respecto a las ideas de Brown sobre el debate entre un plan de los decretos de Dios supralapsariano e infralapsariano, Richard Muller escribe:

Creo que Brown ha reconocido un enfoque que estaba latente en todo el debate, desde el comienzo, en el *Amica collatio* entre Arminio y Junio, y que había sido afirmado más explícitamente hacia el final de la era ultraortodoxa por Mastricht, a saber, que las dos perspectivas no tienen que entenderse como mutuamente exclusivas. El enfoque que hace Brown es que se puede considerar legítimamente que Dios conoce que los objetos de su decreto son creables y falibles e, igualmente, creados y caídos –en aquel sentido, preconociendo a los seres humanos como posibles objetos para la manifestación de su gloria; en éste, como objetos reales de su misericordia y justicia–. Aquel punto de vista se corresponde con el “necesario conocimiento” divino de toda posibilidad; éste, con el “libre” o “voluntario conocimiento” divino de toda realidad divinamente ordenada. Ambos tipos de conocimiento, entiende el ortodoxo reformado, pertenecen propiamente a Dios.

En armonía con sus antepasados calvinistas federalistas, Brown afirmó que la “admirable doctrina de la reprobación, al igual que la de la elección de los hombres, debía, con gran prudencia y santa admiración, enseñarse en la iglesia”. Sus razones para hacerlo son las siguientes:

1. Se ha demostrado que el Espíritu Santo la ha enseñado claramente en su Palabra.

2. Todas las cosas enseñadas en la Escritura, legítimamente empleadas, tienden a promover la santidad de los hombres en corazón y vida.

3. Estando la elección y la reprobación tan estrechamente relacionadas y contrastadas, aquélla no puede enseñarse ni concebirse separada de ésta.

4. En su providencia, que todo hombre debiera observar, Dios copia de su decreto de reprobación, en la vida y en la muerte de los malvados.

5. Un apropiado conocimiento de este decreto promueve adecuadas y reverentes ideas de la soberanía, poder, sabiduría, justicia y bondad de Dios.

6. La doctrina de la reprobación, si se enseña como es debido, tiende a alarmar a los malvados y dejar sus conciencias intranquilas, hasta que obtengan una prueba adecuada de que no están incluidos en ella, y hacerles el pecado terrible. E incita a los santos al auto-examen y a una gratitud viva a Dios su Redentor, en el camino de santidad del evangelio.

Brown refuta ocho objeciones contra la doctrina de la reprobación y concluye con una reflexión personal.

***Los vínculos del pacto de relación religiosa entre Dios y los hombres***

La obra teológica de Brown incluye una notable explicación de la relación de pacto de Dios con el hombre. Dice que pacto es “un acuerdo hecho entre diferentes personas en base a ciertos términos” y que todos los pactos requieren una condición, una promesa y una pena. Por la felicidad del hombre, Dios ejerce su providencia hacia sus criaturas “en forma de relación de pacto”.

El libro tercero, dividido en dos capítulos principales –el pacto de obras y el pacto de gracia– discute esta “relación de pacto”. El primer capítulo examina en detalle temas como la libertad de la voluntad de Adán, la representación adámica de todos y la maldición de un pacto roto–, todo desde una perspectiva típicamente federalista. En el capítulo segundo, que trata el pacto de gracia de Dios, Brown escribe que el pacto de gracia se origina “desde la mera gracia de Dios y, contraído entre dos personas divinas, fue *hecho desde toda la eternidad*”.

El propósito del pacto de gracia, dice Brown, es, “en primer lugar, manifestar la gloria de las perfecciones, sabiduría, poder, santidad, justicia y verdad de Dios –especialmente las superabundantes riquezas de su gracia– y, en segundo lugar, llevar a los elegidos de un estado de pecado y miseria a un estado de salvación”.

Brown rechaza la idea de un pacto de redención separado del pacto de gracia. Del mismo característico modo que la *Marrow*, distingue entre la contratación y la administración del pacto de gracia. Aquélla es realizada en la eternidad, entre el Padre y el Hijo, y ésta en el tiempo, entre el Dios trino y la humanidad caída, aunque, en su secreto decreto, sólo con los elegidos. Brown explica: “El pacto de gracia es, en muchas cosas, administrado indefinidamente a los hombres en general, sin ninguna consideración de ellos como elegidos o reprobados”. Cristo es concedido a todos como garantía para los que creen o, de lo contrario, los hombres no tendrían más esperanza para la fe que los demonios. Si el pacto no fuera administrado de esta manera general, los pecadores no podrían ser condenados por incredulidad. Esta administración general del pacto a todos los hombres, sin embargo, sirve principalmente para la salvación de los elegidos.

Brown enseña que el pacto de gracia es esencialmente condicional en su naturaleza. Puesto que Cristo cumple todas sus condiciones, sin embargo, el pacto es totalmente gratuito a los creyentes. Dios da a los creyentes, en y mediante Cristo y por su Espíritu, todo lo que el pacto requiere. Todas las condiciones propias, por tanto, son satisfechas mediante la justicia de Cristo. De la fe sólo se puede hablar como una condición del pacto cuando se entiende como una “condición de relación”, o un instrumento mediante el cual recibimos las bendiciones de Dios. Incluso así, este lenguaje es arriesgado. Ni la fe ni el arrepentimiento son una apropiada condición del pacto ya que, dice Brown, “la admisión de algún acto o cualidad nuestra como la condición destruiría toda la forma y gracia de” este pacto, que “se opone al pacto de obras”.

La participación del pacto de gracia sólo puede entenderse en base a la unión espiritual con Cristo, dice Brown. Acentúa que sólo los elegidos son incluidos en el pacto de gracia. Alcanzan un interés salvífico mediante Cristo como su cabeza. Brown fortalece su argumento en este capítulo con 1.792 referencias a la Escritura.

***Cristo, el Mediador del pacto de gracia***

En el libro cuarto, Brown considera el papel de Cristo como mediador del pacto. Discute la persona mediadora de Cristo, los oficios generales y particulares de Cristo (como el de profeta, sacerdote y rey) y los estados de humillación y exaltación de Cristo.

Brown enfatiza la humanidad única de Cristo, mostrando la incomunicación esencial de las propiedades distintivamente humanas a la naturaleza divina, ni de los atributos distintivamente divinos a la naturaleza humana. A continuación, discute los oficios de Cristo, ordenando cientos de pruebas textuales para defender la expiación limitada. Su página sobre la intercesión de Cristo es reconfortante. Su división del reinado de Cristo en un reino de poder, gracia y gloria es sucinta y bíblica.

El capítulo de Brown sobre los estados de Cristo incluye una notable lista de veinticuatro maneras en que la humillación de Cristo estuvo acompañada por “circunstancias honrosas”. Afirma que la humillación y exaltación de Cristo se juntaron en su muerte y resurrección, yaciendo su cuerpo en la tumba (humillación), y elevándose su alma a las mansiones celestiales (exaltación). Concluye preguntando: “Si tanto ha exaltado Dios a Jesucristo, ¿por qué no tiene un lugar más elevado –mucho más elevado– en mi corazón?”.

***Las principales bendiciones del pacto de gracia***

El libro quinto discute las bendiciones del pacto de gracia eterno en seis capítulos: unión con Cristo y llamamiento efectivo, justificación, adopción, santificación, consolación espiritual y glorificación.

Brown tiene razón en considerar la unión con Cristo precedente y, sin embargo, inseparable del llamamiento efectivo. Bíblica y experimentalmente, explica la obra del Espíritu estableciendo esta unión y haciéndola efectiva mediante un llamamiento interno. Refuta las objeciones cuidadosamente. Pero sus capítulos sobre la justificación y la santificación son las obras maestras de su soteriología.

El énfasis de Brown sobre la “justicia segura” de Cristo es claro y útil. Muestra cómo Cristo cumplió el pacto de obras quebrantado en el lugar de los creyentes, y cómo esto se convierte en su justicia purificadora delante de Dios. Brown rechaza la fe como una condición para la justificación y afirma que la justificación como acto de Dios es anterior a la fe del creyente.

La fe en sí misma no justifica al creyente, aunque es justificado mediante el instrumento de la fe. La fe es el acto del creyente –un acto de su voluntad que consiente en el pacto de gracia y recibe a Cristo y su justicia–. La fe, que se asienta en la voluntad y los afectos, está inseparablemente relacionada con Cristo. Andar por fe es andar en unión con Cristo.

Brown tiene cuidado en evitar el preparacionismo. El arrepentimiento evangélico es el fruto de la justificación y nunca lo precede, dice. Se requiere del creyente para la santificación, pero nunca es un fundamento para nuestra justificación.

El Dr. George Lawson aconsejó a sus estudiantes teológicos: “Leed a Brown sobre la santificación”. MacKenzie también admiró enormemente este capítulo. “La vida y carácter del escritor brillan a través de cada frase”, dijo. “El estudio despierta admiración por la vida religiosa que se interpretó a sí misma y se expresó en la exposición que aquí es dada de la fuente secreta y el desarrollo místico de la vida divina en el alma cristiana. La contemplación del misterio de la gracia divina en la experiencia personal es la obra de alguien que ha escudriñado las profundidades internas”. Brown apoya sus argumentos con 2.481 pruebas bíblicas.

El capítulo de Brown sobre la consolación espiritual se centra en la perseverancia de los santos, la morada del Espíritu, la seguridad del amor de Dios, la paz de conciencia y el gozo en el Espíritu Santo. La fe siempre es segura –de ahí que la seguridad esté en la esencia de la fe–, pero el sentido del creyente de tener fe puede flaquear. Un sentido sólido de seguridad, afirma Brown, viene cuando la fe es reiteradamente activa en reclamar las promesas del evangelio, cuando hay un ferviente estudio de la comunión con Dios en Cristo y de la santidad universal del evangelio, y cuando hay un cuidadoso fomento de la actividad del Espíritu y los frecuentes ejercicios de auto-examen. En el adecuado auto-examen, el Espíritu da testimonio de nuestra adopción celestial, dirigiéndonos a “las adecuadas marcas de gracia”. Para hacer nuestro llamamiento y elección seguros, este examen debe ser “deliberado, juicioso, imparcial, serio y exhaustivo”, dice Brown.

***La dispensación externa del pacto de gracia por medio de la ley y el evangelio***

El libro sexto discute la dispensación externa del pacto de gracia mediante la ley y el evangelio. El libro incluye tres partes: la ley de Dios, el evangelio de Cristo y las ordenanzas del pacto de gracia. Estas ordenanzas incluyen la lectura, la meditación, la predicación y la audición de la palabra de Dios; la conversación espiritual, la oración, la bendición ministerial, el canto de salmos, el voto, el ayuno, la acción de gracias y los sacramentos.

En un capítulo que proporciona 3.133 pruebas textuales –más que cualquier otro–, Brown explica cada mandamiento, mostrando cómo conducen a la vida espiritual. Después, muestra cómo el evangelio magnifica y vindica la ley, y proporciona una impresionante lista en dos columnas que afirma que el evangelio “promete preparación, asistencia y una recompensa de gracia por cada deber que la ley, *como regla*, requiere”. Los Diez Mandamientos, dice, no debieran verse tan sólo como una ley de la naturaleza o un reflejo del pacto de obras, sino como la ley de Cristo y las reglas para la vida.

Una ordenanza hoy descuidada que describe Brown es la “conversación espiritual”. A nivel personal, esto implica “comunicarnos con nuestro propio corazón, poniendo cuestiones serias en nuestra conciencia respecto a nuestro estado, temperamento y conducta, para compararlos y ajustarlos a la palabra de Dios”. Socialmente, incluye comunicarnos con otros creyentes, formal o informalmente, y catequizar a nuestra familia. Eclesiásticamente, conlleva “visita y catequización ministerial de personas y familias, o de enfermos”.

El comentario de Brown sobre la participación de la Cena del Señor es notable: “*Todos los cristianos profesantes* que tienen uso de razón están *sujetos* por la ley de Dios a *participar* de la Cena del Señor, y es su pecado si son incapaces de una admisión regular a ella”. Enumera tres cosas necesarias para una adecuada participación del sacramento:

1. Un *estado* digno de unión con Cristo como nuestro Esposo, Padre, justicia y fuerza.

2. Una *disposición* digna en el ejercicio factual de todas las gracias del Espíritu, [como] el conocimiento, la fe, el arrepentimiento, el amor, etc.

3. Un *fin* digno de honrar a Cristo, glorificar a Dios y recibir nutrición espiritual para nuestra alma.

***La sociedad eclesial, para la cual es dispensado el pacto de gracia***

En su último libro, Brown discute sobre eclesiología. En el capítulo uno, trata la naturaleza, formación y comunión de la Iglesia cristiana; en el capítulo dos, el papel del poder de la Iglesia y dónde reside éste dentro del cuerpo de la Iglesia; y, en el capítulo tres, la legalidad, obra y responsabilidad divinas del tribunal eclesiástico.

Brown define la Iglesia como “una sociedad de creyentes y personas santas a quienes Dios, por el evangelio, ha llamado de entre la humanidad a la comunión con su Hijo, Jesucristo”. La Iglesia es llamada a ser santa, espiritual y ordenada, dice Brown, y el orden se ve mejor en un sistema de gobierno de iglesia presbiteriano cuidadosamente organizado, comprendiendo sesiones, presbiterios y sínodos.

“¡La doctrina es el cielo!”, escribió Martín Lutero. Brown convenía con él. La doctrina era vital para su salvación. Las reflexiones de Brown al final de casi todos los capítulos son una característica única de su teología sistemática. En estas cálidas reflexiones, nos enseña cómo aplicar la doctrina a nuestras almas para examinar si la gracia y santidad de Dios verdaderamente brillan en nosotros. Tan sólo cuando esto es hecho, podemos entender la belleza de una doctrina bíblica sana.

El método de Brown de organización es atractivo, y su contenido lleno de piedad evangélica. Su teología sistemática, de la que se ha dicho que es “uno de los más profundos y, al mismo tiempo, perspicaces enfoques de la teología de la Confesión de Westminster”, es una herramienta indispensable para el estudiante, pastor y profesor de teología. Fue usada como un libro de texto en varias facultades y seminarios, incluyendo la facultad de la condesa de Huntingdon, en Trevecca. Su carácter cristocéntrico se refleja bien en la última carta de Brown a la condesa:

No hay ninguno como Cristo, ninguno como Cristo, ninguno como Cristo... No hay aprendizaje ni conocimiento como el conocimiento de Cristo; ni vida como la de Cristo viviendo en el corazón por la fe; ni trabajo como el servicio, el servicio espiritual de Cristo; ni recompensa como el salario gratuito de Cristo; ni riquezas ni posesiones como “las inescrutables riquezas de Cristo”; ni descanso ni consuelo, como el descanso y la consolación de Cristo; ni placer como el placer de la comunión con Cristo. Aun conociendo poco de Cristo, no cambiaría el aprendizaje de una hora de comunión con Cristo por todo el aprendizaje liberal de diez mil universidades, durante diez mil vidas, aunque mis profesores fuesen ángeles.

Las últimas palabras de Brown, “Cristo mío”, resumen su sistemática, pues su gran objetivo era cultivar el amor por Cristo en el alma del creyente. “Si mi alma no ama a este Señor Jesús, sea un gran anatema, *maldito en su venida*”, son sus palabras finales.[[1]](#footnote-1)

1. Joel Beeke, [*La espiritualidad puritana y reformada: Un estudio teológico y práctico tomado de nuestra herencia puritana y reformada*](https://ref.ly/logosres/sprtlddprtn?ref=Page.p+163&off=59314), trad. Juan Sánchez Llamas y Armando Valdez, Primera Edición (Graham, NC: Publicaciones Faro de Gracia, 2008), 163–184. [↑](#footnote-ref-1)